

LA DISCIPLINA ESPIRITUAL DE LA RESTITUCIÓN

Ps. Francisco Beltrán

Si nuestra intimidad con Dios es de tanta importancia, hace falta protegerla, ¿verdad?

- Por eso entramos en el tema de la restitución, porque únicamente con disciplinas como ésta, se puede guardar nuestra intimidad con Dios y la restauración que proviene de estar en su presencia.

La restitución tiene que ver con las relaciones en nuestras vidas que no son como deben de ser.

- Es decir, en algún momento algo sucede entre tú y otra persona que causa una rotura en la relación y no se arregla.
- Eso es lo que trata la restitución – el arreglar de lo que está roto en tus relaciones con otros, ya sea por culpa tuya o por culpa de ellos.
- El punto es que si no se arreglan estas relaciones – si no hacemos restitución por lo que hemos hecho mal, o no buscamos la manera de mejorar la relación – se afecta nuestra relación con Dios también.
- Y esta es la tragedia del asunto, porque hay muchos muros que se han construido entre Dios y nosotros por falta de hacer restitución los unos con los otros – porque cada muro que existe entre tú y otra persona, también existe entre tú y Dios.
- Por eso la importancia de disciplinarnos a hacer restitución cuando hay algo malo entre nosotros y otra persona.

Déjenme darles un ejemplo:

Cuando yo tenía 4 años, yo cometí un error. Estuve jugando baloncesto detrás de nuestra casa con un vecino, un niño de solo 3 años. El balón se me fue en algún momento y chocó con una ventana de la casa y se rompió el cristal. Cogí pánico por lo que diría mi papá, y por eso dije una mentira y culpé al vecino de 3 años porque él era más joven que yo y no se podía defender. Bueno, me creyeron a mí y el vecino nos pagó \$10 para reparar el cristal.

Después me sentí bien mal, pero como me dio miedo, no dije más nada – y llevé dentro de mí la culpa de lo que había hecho por 10 años hasta que era adolescente. Para ese tiempo, ya nos habíamos mudado y ya no teníamos ningún contacto con el vecino al que yo había culpado. Pero Dios empezó a tratar con mi vida y me llamó a entregarme el 100% a él.

Pero el punto es que cuando me entregué al Señor, él me empezó a pedir cuentas por lo que había hecho anteriormente, y me hizo acordar de esta situación con el vecino hacía 10 años. Me di cuenta que tenía que tomar una decisión. O hacía restitución con este vecino, o se iba a afectar mi relación con Dios. Iba a haber una rotura en mi relación con Dios, un impedimento a mi intimidad con él a no ser que yo buscara la manera de arreglar esta situación. Yo me había enamorado de Dios, y aunque me dio mucha pena reconocer este error tantos años después, el temor de perder mi intimidad con Dios era peor.

Ya no vivíamos cerca ni sabía dónde vivían ellos, pero sí sabía que el hombre era abogado, así que hice una investigación y encontré la dirección de su compañía y le envié una carta confesando mi mentira, pidiéndole perdón y le pagué los \$10 que le debía.

Hermanos, ese fue un momento decisivo en mi vida.

Fue un momento donde decidí que más valía mi relación con Dios que la opinión de otros. Más valor tenía mi relación con Dios que cualquier consecuencia o disciplina que me podían aplicar.

Ahora, mi pregunta para cada uno de ustedes es: ¿Qué tan importante es tu relación con Dios?

- ¿Más importante que tu imagen?
- ¿Más importante que la consecuencia de confesar un pecado para hacer restitución?

Hermanos, no podemos dejar que nada impida nuestra intimidad con Dios.

3 TIPOS DE RESTITUCIÓN

1. Tú cometes un pecado contra alguien y eso conlleva una consecuencia para esa persona.

Ya vimos esto en mi ejemplo. Mi mentira tuvo la consecuencia de costarle \$10 a mi vecino. Entonces, no se pudo resolver esa situación sin hacer restitución – tuve que pagar la deuda que tuve con esa familia. No era suficiente pedirles perdón – porque mi pecado les costó algo que tuve yo que reponer.

Esto es lo que pasó con Zaqueo.

Era jefe de los publicanos – y rico (Lucas 19:2) – en gran parte porque había aprovechado su puesto de trabajo para defraudar a la gente y recaudar más impuestos que se requerían.

Así que su pecado tenía una consecuencia – él, siendo rico, se aprovechaba de los pobres.

Por eso a la gente no le caía bien Zaqueo, y murmuraban cuando Jesús decidió posar con este hombre pecador. (Te puedes imaginar...)

Pero mira la diferencia que un día con Jesús puede tener en la vida de uno.

Dice en vs.6 que este rico – que lo tenía todo – recibió a Jesús gozoso.

Y su gozo de tener a Jesús en su casa era tan grande que voluntariamente se puso en pie y anunció que iba a dar la mitad de sus bienes a los pobres y que si en algo había defraudado a alguno, se lo iba a devolver cuadruplicado.

Es decir, mucho más de lo que había tomado, se lo iba a devolver.

Hermanos, cuando experimentamos el gozo de recibir a Jesús – de tener intimidad con él, de tocar su misericordia y saber que él nos acepta por quienes somos, y que no nos condena, nunca más vamos a querer vivir sin él. Nunca más vamos a permitir que nada impida nuestra intimidad con él porque nada compara con el gozo de su presencia. Por eso hacemos restitución hermanos – igual que Zaqueo.



Porque no queremos que nada impida nuestra intimidad con Dios, y cuando estamos con Jesús pronto nos damos cuenta que todo pecado se tiene que quitar si queremos permanecer en su presencia.

Dios no mora con el pecado.

Y si hay pecado en tu vida que ha traído una consecuencia para otra persona, eso impide la presencia de Dios en tu vida.

Es como dijo el salmista en salmo 15 – “Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? Él que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. Él que no calumnia con su lengua, *ni hace mal a su prójimo ...*”

Si tú has hecho mal a tu prójimo, y él o ella ha recibido el pago de tu pecado, tú tienes que hacer restitución. Porque si no, no podrás morar en el monte santo de Dios. No podrás tener intimidad con Dios. Nadie se lo tuvo que enseñar a Zaqueo. Lo entendió intuitivamente – Se dio cuenta él solo: si yo quiero que Jesús siga morando en mi casa – yo tengo que corregir mis errores. He hecho mal a mi prójimo; pues, ahora es tiempo de hacer restitución por lo que he hecho.

2. Alguien comete un pecado contra tí y por eso la relación queda rota.

Esto es muy importante, porque siempre queremos que la persona que nos ofende venga y nos pida perdón, ¿verdad?

2 problemas

1. Aunque alguien tenga la culpa y te haya ofendido o lastimado, la realidad es que es muy posible que nunca te vaya a pedir perdón. Puede ser por falta de madurez, indisposición de humillarse, o simplemente porque no reconoce su error o ni se da cuenta de que te haya lastimado. Entonces, si alguien te lastima y no está dispuesto a venir a pedirte perdón – si **tú** no vas a reconciliarte con esa persona, siempre la relación entre ustedes va a quedar rota. Siempre va a haber una división entre ustedes, una pared de separación, como dice Pablo en Efesios 2:14. Pero como dice Pablo, Cristo ha derribado esa pared intermedia de separación. Él quiere que estemos unidos y que no haya nada en medio, nada interfiriendo con nuestra comunión con otros. En caso de un conflicto entre hermanos, si una situación no se resuelve, crea una tensión terrible – e impide el flujo del Espíritu Santo en esa iglesia.

Dice Efesios 4:29 – No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. La realidad es que cuando hay conflicto entre hermanos y no hay armonía, eso contrista al Espíritu Santo. Entonces, todo el mundo sufre por el conflicto no resuelto.

Además, dice Jesús en Juan 13:35: ‘En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.’”

Es decir, si no hay amor entre tú y un hermano por un conflicto no resuelto – todos se van a dar cuenta, y no se va a conocer que somos de Cristo, porque lo que nos distingue es precisamente nuestro amor los unos con los otros.

Este es el primer problema con esperar que la persona que nos haya lastimado nos venga a pedir perdón (en vez de nosotros ir a donde ellos a reconciliarnos):

No sabemos si jamás lo van a hacer, y si no lo hacen, la relación sigue lastimada y así se va a contristar el Espíritu Santo, lo cual va a afectar a toda la iglesia.

Y además, el mundo no va a ver el amor de Dios reflejado en nosotros, que es la característica que mejor nos debe de distinguir.

Ese es un problema serio.

2. Cada conflicto requiere al menos 2 personas. Nunca puede haber un conflicto que no involucra al menos 2 personas – y siempre hay algo de culpa por las 2 partes.

Esta es una lección bien importante para los matrimonios.

Porque la tendencia en un conflicto es suponer que uno tiene la razón y que el otro está equivocado.

Por eso el conflicto – yo mantengo que tengo la razón – tú haces lo mismo, y nunca reconocemos que los 2 tenemos culpa en el asunto.

Ahora, puede ser que una persona tenga *más* culpa que el otro – incluso puede tener *mucho más*.

Puede ser que haya abusado de ti o te haya hecho algún daño terrible.

Eso, tú no lo puedes controlar, y no tienes culpa por los males que alguien te hace.

Pero sí tienes responsabilidad por tu reacción a lo que alguien te hace – y allí está el punto.

Cuando alguien nos lastima, muchos de nosotros guardamos amargura, enojo – hasta ira – contra esa persona.

Y eso es pecado. Eso contrista al Espíritu Santo.

En el pasaje que vimos en Efesios 4 de no contristar el Espíritu Santo, el próximo versículo dice: *Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.*

Algunos versículos antes aclara más esta idea. Dice en vs.26-27: *Airaos, pero no pequéis, no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.*

Es decir, no es que sea malo enojarse – airarse – de hecho, es natural cuando alguien nos lastima.

Pero tenemos que perdonar – y pronto. Ni debemos de dejar que se ponga el sol sobre nuestro enojo, porque así se le da lugar al diablo, y se contrista el Espíritu Santo.

Este es el segundo problema de dejar que alguien nos venga a pedir perdón en vez de ir nosotros a ellos: Nosotros inevitablemente somos parte del problema, y si no hacemos todo lo posible para reconciliarnos (de reconocer nuestra parte del conflicto y buscar la paz con la persona), somos nosotros mismos que estamos perjudicando, porque le estamos dando lugar al diablo en nuestras vidas, y estamos contristando al Espíritu Santo y así perdiendo su unción sobre nuestras vidas.

Hermanos, esto es serio.

Pablo dijo en Romanos 12:18 – *Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.*

Puede ser que haya una situación en que alguien no esté dispuesto a estar en paz contigo.

De hecho, el mismo apóstol Pablo tuvo una situación así con los judíos.

Él había estado predicándoles el evangelio y tratando con todas sus fuerzas de alcanzarlos para Cristo a pesar de toda la oposición que tenía que enfrentar.

Pero llegó un momento de que se habla en Hechos 18:6 cuando se le estaban oponiendo y blasfemando tanto que al final Pablo sacudió sus vestidos y dijo: ‘vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza, yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles.’

Entonces, puede ser que alguien no esté dispuesto a reconciliarse contigo, y no va a haber nada que puedes hacer por más que quieras hacerlo.

Pero hermanos, si es posible, en cuanto dependa de nosotros, tenemos que buscar la paz con todos los hombres.

Y si ellos no la buscan con nosotros, tenemos la responsabilidad de buscarla con ellos.

El pasaje que más ha impactado mi vida respecto a este tema es Mateo 5:23-24

“Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.”

Cuando yo era adolescente, ya me había entregado al Señor y me encantaba los tiempos de alabanza con otros jóvenes.

Un día estuve en un evento de alabanza, alabando al Señor con todo corazón, gozoso en su presencia – y el Señor me hizo recordar de un compañero que había tenido hacía quizás 3 o 4 años, cuando estuve en el séptimo grado.

Este compañero – se llamaba Graham – me había tratado bien mal. Mi familia se había mudado ese año que entré en el séptimo grado, y Graham por alguna razón decidió hacerme la guerra en mi nueva escuela.

Se burlaba de mí, y como un muchacho popular en la escuela, usó su influencia para excluirme de los otros muchachos.

Realmente ese año para mí fue insoportable. Yo contaba los días para que terminara ese curso en la escuela y pudiera cambiarme a una escuela secundaria donde asistían mis hermanos mayores.

Te puedes imaginar que no tenía muy buen concepto de Graham y que tenía amargura en mi corazón hacia él.

Bueno, allí estuve en el tiempo de alabanza, con mi ofrenda de adoración delante del altar, y Dios me hace pensar en este pasaje y me dice – Curtis, tienes que dejar tu ofrenda aquí para ir a reconciliarte con Graham. Y después puedes venir a adorarme.

Eso me chocó.

Pero igual que la otra historia que les conté, me di cuenta en ese momento que tuve que tomar una decisión – obedecer la Palabra de Dios y este impulso del Espíritu Santo – o dejar que se afectara mi intimidad con Dios.

No fue fácil, pero por fin le dije al Señor que aunque realmente no era muy factible salir en ese momento para reconciliarme con Graham por varias razones, pero me comprometí a que a la próxima oportunidad, lo iba a hacer.

Entonces al otro día, busqué su número de teléfono, y lo llamé.

No recuerdo bien todo lo que dije, pero le dije que lo perdonaba y que no quería guardar más nada contra él.

Volvemos a la pregunta clave - ¿Qué tan importante es tu intimidad con Dios?

La restitución no es una disciplina agradable.

Pero si no la hacemos, nos va a costar nuestra intimidad con Dios.

Va a levantar un muro entre tú y Dios, y por más que le lleves ofrendas de dinero, de alabanza o de servicio, no las va a recibir Dios hasta que tú no vayas a reconciliarte con tu hermano.

No importa quién es el culpable: cueste lo que cueste, duela cuanto duela, por incómodo que te ponga, *si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres.*

“Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.”

Es una disciplina imprescindible para guardar nuestra intimidad con Dios.

Dije que había 3 tipos de reconciliación, y hasta ahora solo he mencionado 2.

3. El tercer tipo es cuando tú te das cuenta de que has juzgado o que has guardado algo en contra de una persona o un grupo de personas.

Déjame explicar con un ejemplo de mi vida personal.

Por varios años, yo tenía algo en contra de los pentecostales porque estaba convencido de que tenían una mala doctrina.

Decían que cuando alguien estaba lleno del Espíritu Santo, siempre iban a poder hablar en lenguas.

Ese don siempre iba a acompañar la llenura del Espíritu Santo.

Bueno, eso me chocó bastante – primero porque no veía evidencia de esa doctrina en las Escrituras, pero más importante, porque yo personalmente no hablaba en lenguas y me consideraba un hombre lleno del Espíritu.

Quizás algunos acá también pueden identificarse con ese sentimiento.

Bueno, hace 4 años estuve en un evento de oración donde un pentecostal estaba predicando.

¡Qué clase de predica dio ese hombre!

Era un mensaje poderoso en cuanto al arrepentimiento, un desafío poderoso para arrepentirnos de las cosas que estaban mal en nuestras vidas.

De hecho, después nos compartió que ese no era el mensaje que había preparado, pero que el Señor le había dicho a última hora que tenía que predicarlo porque otro había negado de predicarlo porque la palabra era tan fuerte.

Un mensaje bíblico, pero bíblico – No había ninguna falsa doctrina.

Y al final nos guió en un tiempo de ministración poderosa, un tiempo donde la gente caía delante de Dios en arrepentimiento, restaurando sus vidas con lágrimas y tremendo quebrantamiento.

Y yo mirando. Observando el mover del Espíritu.

El Señor me habló ese día y me hizo entender que yo había estado guardando prejuicio contra los pentecostales.

Por un ‘error’ en su doctrina - según mi criterio – los había juzgado y despreciado todo lo bueno que había en ellos.

Entonces sentí en el corazón que tenía que arrepentirme de esa actitud y pedir perdón por lo que había hecho.

Y sentí que debía de pedirle perdón no solamente a Dios sino también a ese predicador – se llama Joel.

Yo lo conocía, y realmente no tenía nada en contra suya – de hecho tenía buena relación con él.

Pero sentí que tenía que arrepentirme delante de él, como una identificación con el pueblo que él representaba.

Al otro día lo hice. Le dije que había guardado prejuicio contra su pueblo, y le pedía que me perdonara.

Hermanos, no tiene lógica humana, pero les aseguro que algo sucedió ese día en el ámbito espiritual.

Algún muro que había en mi corazón contra esa gente se cayó, y desde ese día he sentido una libertad en mi espíritu para gozarme con mis hermanos pentecostales y de recibir muchísimas bendiciones espirituales de parte de ellos.

Los amo más de lo que puedo explicar, y estoy muy agradecido a Dios por el impacto que muchos de ellos han tenido en mi vida espiritual.

Ahora, eso no quiere decir que he adoptado su teología ni que hablo en lenguas, porque hasta este momento Dios todavía no me ha dado ese don.

Así que no me tuve que arrepentirme de mi teología, pero sí de mi actitud y mi juicio de ellos, sí, me tenía que arrepentir.

Y cuando lo hice, la libertad espiritual que invadió mi alma era tremenda.

Hermanos, este tipo de restitución restaura nuestra alma.

Es una manera de liberarnos de los prejuicios que hemos guardado contra otras personas al humillarnos delante de ellos y reconocer que le hemos fallado.

Dice Salmo 51:17 – *Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado. Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.*

Así que cuando nos humillamos delante de un hermano con el corazón contrito, reconociendo que hemos pecado contra él – o contra la gente que él representa (o sea, su iglesia, su denominación, su ministerio) – Dios desciende allí para sanar nuestro corazón y abrir un nuevo camino hacia la unidad con esas personas que habíamos juzgado.

Puede ser que haya aquí alguien a quien tú has ofendido o lastimado, alguien a quien tú te tienes que acercar para hacer restitución por algo que le has hecho.



Puede ser alguien que te ha ofendido a ti, alguien contra quien has estado guardando resentimiento – alguien que tienes que perdonar, y quizás hasta acercarte a él o ella para reconocer ‘la pared intermedia de separación’ que los ha estado dividiendo, y expresar tu deseo de tumbar esa pared.

O puede ser alguna iglesia, alguna denominación, algún hermano – alguien que tú has juzgado. Quizás hay algún muro en tu corazón entre tú y esos hermanos porque has guardado algo en tu corazón contra ellos – y es tiempo de soltar eso. A lo mejor Dios pondrá en tu corazón a alguien a quien te puedes acercar para pedirle perdón y abrir un nuevo camino de unidad entre ustedes.

Santiago 5:16 – Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.

La restitución es clave, hermanos, porque prepara el camino para una vida poderosa de oración. No se puede tener una vida de oración poderosa sin buenas relaciones en el cuerpo de Dios. Así que tenemos que confesar los pecados – no solo a Dios, sino también a otros.

El Salmo 139:23-24 dice: *Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; Pruébame y conoce mis pensamientos; Y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.*

Que esta sea la oración de cada uno en este momento.

Y si Dios te pone algo en el corazón, alguien con quien tú tienes que hacer la restitución, no dejes de obedecer el impulso de su Espíritu.